

daga florentina que necesita esgrimir con sagacidad el ingenio para luchar contra las tizonas de la tiranía colérica.

En la fábula y en el epigrama, como en redomas de vidrio quebradizo, depositaron los espíritus ansiosos de libertad el licor corrosivo de la rebelión. En fábulas y en epigramas se desgranaron, momentáneamente, las joyas de la lírica mexicana.

No se bajaban el embozo las ideas, y, como en algarada carnavalesca, pasaban por el periódico, por el folleto, y por la conversación, adiestrándose en el *juego de la careta*.

Sobresalieron en este género que es, en cierto modo, una forma accidental de literatura política, don Luis de Mendizábal, don Juan Nepomuceno Troncoso, don Mariano Barazábal, don Juan María Lacunza, don Joaquín Conde.

Como el *Pensador*, don Luis de Mendizábal *fabulizó* la situación social de México. Este medianísimo poeta aconsejaba á *chaquetas é insurgentes* que cesaran en la lucha tenaz. Pedía moderación por medio de apólogos.

En su versificación descuidada, en su vocabulario pobre, en su desconocimiento ó mala aplicación de las reglas prosódicas, se vé, desde luego, que Mendizábal no era un literato de profesión y que no escribió sino por mero pasatiempo y para entretener ocios mejor que para dejar obra sólida y verdadera. La adver-

tencia que va al frente del pequeño folleto que contiene las *fábulas políticas y militares* lo afirma así de un modo indudable. Fué el presbítero Mendizábal sólo un poeta de circunstancias. Y únicamente por el inocente fraude de algún periodista de aquel tiempo, (precisamente Troncoso), el cual comenzó á publicar las fábulas de este escritor, alterando la expresión y el sentido de ellas, quiso el autor darlas á la estampa, sin esperar corregirlas y aumentarlas, como dice Mendizábal que fué su intención.

A pesar de todo, no faltan en estas ligeras obrillas toques de donaire, ni rasgos de ingenio que hagan agradables ciertos pasajes. Luis de Mendizábal, que escribió poesías de varios estilos, ocultó su nombre, siguiendo la conocidísima moda de la época, bajo distintos antifaces de seudónimos y anagramas. Firmó las fábulas con su propio nombre, latinizado: *Ludovico Latomonte*. Mendizábal, según me informan, quiere decir en euskaro: Ancho Monte.

Uno de sus apólogos más celebrados en aquella época, y que entonces se discutió, comentó y citó con frecuencia, es éste de *El asno, el caballo y el mulo*:

Por una misma heredad,
cual Rocinante y el Rucio,
un asno y caballo lucio
pacían en buena amistad.

—¿Qué?—dice aquel—¿no es verdad que el macho es el peor del mundo?

En sus feas mañas me fundo.

—Cierto—le resonde el Jaco;—
es coceador, es bellaco,
y sobre todo, infecundo.

—Ni tiene tu hermosa faz,

—Ni tu humildad y candor.

—Ni tu despejo y valor.

—Ni tu inalterable paz.

Oyólos, corrido asaz

un Macho, y dijo: Eso es nulo:

tenéis mil prendas, no adulo;

pero....! hacéis tan mala cosa!....

—¿Cuál es?—La más horrorosa:

hacéis, amigos, al mulo.

*
* *

¿Con la agudeza del Macho

los otros no salen reos?

Pues, perdonad, Europeos,

la fabulita os despacho,

Cuanto queráis, sin empacho,

del criollo decid ufanos;

decid de los mexicanos

vicios, maldades y horrores;

pero ellos son, mis Señores,

hechuras de vuestras manos.

Tan medianos como Mendizábal, desde el punto de vista técnico, son Troncoso, Conde, Barazábal y Lacunza. Los dos últimos mere-

cen, sin embargo, especial mención, por su constancia, por su fecundidad. No pudieron salir de su zona de mediocridad, no dorada, como la de Horacio; mas tampoco por eso abandonaron la tarea ni desmayaron en el propósito, antes bien consumieron en una y otra sus facultades y talentos. Apuraron y sutilizaron su ingenio, con un tesón digno del más alto encomio, porque en ese esfuerzo mostraban su decidida voluntad por cultivar el arte y servir á la patria.

De *El Aplicado* (Barazábal) es esta intencionada fabulita política, *Los cuatro gatos y el panadero*, publicada en el *Diario de México* de 11 de Julio de 1812:

De cuatro gatos se hizo un panadero,
para extinguir de casa los ratones,
que jamás le comían un pan entero.

Pero si antes echaba maldiciones
por una ú otra torta agujereada,
se pegaba después de mojicones;
pues la gatuna ronda insolentada
despedazaba tortas á porfía,
y el panadero vió su cuenta errada.

Así del mundo en la panadería
(hablando de animales con zapatos)
son muchos los ratones, á fe mía;
pero hacen más perjuicio *cuatro gatos*.

En cambio, el pueblo, en plena campaña, no ocultaba sus hondos sentires, y los rimaba ru-

damente pero con un calor de alma que, á través del tiempo, enciende todavía nuestro entusiasmo. Es el pueblo mexicano un cantor muy expresivo y simpático. Y en todos los episodios de su vida, apasionante y generosa como pocas, la musa anónima ha sabido encontrar estrofas sencillas y burdas, pero extremadamente cordiales y verdaderas, para rememorar y glorificar los incidentes de su epopeya por la libertad. La vihuela andaluza, hija probablemente de aquella guitarra morisca de la cual dijo el truhán y nocharniago Juan Ruiz que era "de las voces aguda, de los puntos arisca", suena pulsada por las manos oscuras de nuestros campesinos con una nueva tristeza, más salvaje y doliente que la oriental, y con un nuevo ardor, más primitivo pero más sincero que el que vibra en sus cuerdas, sobre las vegas de Granada. Nuestro pueblo cantaba, en 1812, sus cancioncitas heroicas, que resonaban como amenazas melancólicas en el silencio de las noches de vivac, y como alentadores himnos de guerra entre el estruendo del combate.

«Antes de entrar en el ataque—refiere don Carlos María de Bustamante, en una nota de su *Cuadro histórico de la Revolución Mexicana*,—cuatro músicos de don José Osorno tocaban el

Rema, nanita, rema,
y rema y vamos remando,

que los *gachupines* vienen
y nos vienen avanzando.

Por un cabo doy dos reales;
por un sargento, un doblón;
por mi general Morelos
doy todo mi corazón.

«Cuando los tenían cerca largaban las guitarras y las trocaban por sus fusiles, entrando al fuego como diablos destacados; un ataque era, para estos hombres agigantados, una montería ó una plaza de toros. Concluido el lance lo celebraban con igual canción, y quedaban tan serenos como si nada hubieran hecho».

Mas si la poesía desmedrada y pulida enmudeció, fué porque ante el espectáculo de la insurrección sufría un instantáneo asombro que la vigorizó poco después é hizo que se le agolpara la sangre al corazón. Un viento heroico empezó á sacudir las liras; un anhelo de rebeldía despertaba de sus ensueños plácidos á las inspiraciones contemplativas. Salían del caramillo pastoril acentos graves y enérgicos, inauditos hasta entonces. Y una transformación de las ideas y de las expresiones operábase como por obra de hechicería. Las alteraciones sociales habían traído, como ya se ha visto, alteraciones literarias, á las que, de un modo natural y fatal, cedió, de buen grado, la lírica mexicana.

No que se apartase, —no podía ser, —de la íntima cognación filial con la poesía española; no que rompiese ni siquiera aflojase los vínculos estrechos que la ataban forzosamente al organismo de la literatura castellana; no que, torciendo el rumbo, siguiese distinto sendero que el marcado por la evolución de las letras peninsulares, sino que para la expresión de los sentimientos recién experimentados, de las ideas flamantes y ardorosas, de las agitacioner espirituales, buscó fórmulas á propósito, y las halló, instintivamente, en la imitación de los poetas hispanos más en boga entonces y que mejor reflejaban el momento histórico de la nación madre. Esta fué la ocasión propicia para que penetrasen en nuestro parnaso americano tres grandes poetas: don Manuel José Quintana, don Nicasio Alvarez de Cienfuegos y don Juan Nicasio Gallego. Los dos primeros entraron como imperiales conquistadores. Pronto se adueñaron del gusto; pronto encontraron súbditos obedientes que les rindieran admirativo vasallaje.

Don Manuel José Quintana en 1812 había llegado ya al apogeo de su gloria, de su fama y de su inspiración. La poesía majestuosa y encendida, exaltada y robusta, de este soberano poeta, había ensordecido los aires con los fragores de mar y las sonoridades de guerrera trompa de una alta elocuencia. Arengas en verso eran las suyas, cantadas con la aguda

entonación de aquel lirismo *panfilista* que tenía la virtud maravillosa de avivar en las almas lumbres de pasión y entusiasmo. El cantor grandioso de la libertad, de la patria y de la humanidad, el fustigador austero de las tiranías y de los crímenes políticos, llegaba á Nueva España, algo retardado, es cierto, pero todavía á tiempo para inyectar energías y bríos en los poetas revolucionarios. Quintana—lo ha dicho con magistral palabra don Marcelino Menéndez y Pelayo—es una prolongación de Menéndez Valdés, no del sensual y dulce adorador de Filis sino del viril glorificador de *Las Artes*, del agrio poeta de *La despedida del anciano*.

Con Quintana llegó también el novador Cienfuegos, el que sedujo á toda una generación con los malsanos encantos de su arrogante y atrevida musa. Se comprende ahora el prestigio de que gozó poeta de tan ciego y desatentado arrojo: en una época de furor por toda especie de libertades, se presentó este cantor, abjurando de la meticulosidad clásica, neologista impenitente (así le llama el maestro Menéndez y Pelayo); extravagante y bello á la vez. No fué extraño á la dirección literaria de este período el cortesano, fácil y elegante don Juan Bautista Arriaza, cuya facultad de rimar la palabra le grangeó tantas admiraciones. La facilidad, la facundia, la espontánea armonía de sus versos electrizaron en México á los poe-

tas de la musa moderada y amatoria, y las imitaciones de Arriaza sustituyeron durante algún tiempo á las de Meléndez Valdés.

Uno de los primeros en prender y ataviar su versificación con joyeles y ropajes quintanescos, fué el poeta realista don Ramón Roca, capitán de infantería española, granadino de notable talento y de muy completa cultura literaria. Beristáin hace de este escritor un cumplido elogio, afirmando que era un «joven de bella y amena educación y de infatigable aplicación y estudio».

Como militar parece que no dió Roca las brillantes pruebas que como poeta. Don José María Luis Mora lo cita alguna vez, con cierto desprecio, en la obra *México y sus revoluciones*, y Bustamante, refiriéndose al mismo suceso á que alude Mora, lo cuenta de la siguiente manera en la primera carta del tomo II de su *Cuadro histórico*:

«En 24 de diciembre de 1811, Morelos, antes de llegar á Cuautla, mandó al Capitán Larios con cien hombres de descubierta, á fin de que observase el campo del poeta Roca. El 26 llegó á Ayacapixtla, encontróse con una guerrilla de éste y la batió, dejando muerto á un europeo apellidado Lastra, que apenas vieron cadáver los realistas, cuando echaron á huir hasta el campo de las *Carreras* donde estaba su comandante. Afectóse éste de un terror pánico, y sin más demora que el preciso tiempo

para echar por tierra los jacales, que él llamaba tiendas de campaña, puso pies en polvorosa y no paró hasta Juchi, á donde llegó con la mitad de la gente; porque la demás se le desertó con armas hasta Cuautla.

«En 11 de enero salió Larios á continuar sus correrías. En Totolápan supo que Roca se hallaba en Juchi con poco más de cien hombres, y, por tanto, caminó toda la noche para darle un albazo; pero él tenía una musa de las desconocidas en el coro de las nueve de Apolo, llamada *Cobardia*, que era su favorita, la que le inspiró, en sueños de pesadilla, que se fugara para Ameca, como lo hizo, dejando mal de su grado oculto un cañón que cayó en manos de sus perseguidores.

«El cura del lugar salió á recibir á Larios bajo de palio, y le hizo muchas cucamonas; cantósele el *Te Deum*, que para él fué lo mismo que cantar en griego, ó las coplas de la zarabanda, porque era un rústico; mas he aquí que Roca aparece haciendo el *ja* sobre las alturas del pueblo; pero su enemigo apenas lo entiende cuando forma su batalla, toma una partida de caballería y le sale á cortar la retirada. No necesitó más que entender este movimiento el hijo querido de las musas, cuando sin aguardar el tiro de un fusil voló á escape hasta Chalco; ni aun allí se creyó seguro: tomó segunda vez su trotero, cuyos ijares fatigó sobre manera, y á pesar de que parecía una

aguililla de Buenos Aires, él creía que se movía tan suavemente como Don Quijote creyó de Clavileño, bestia del mejor paso del mundo según lo reposado que andaba».

Pero el mismo Bustamante, que, por espíritu de partido quizás, carga la mano en esta mofa sangrienta, no deja de reconocer los talentos poéticos de Roca, y así, al tratar de la ferocidad de Calleja en Zitácuaro, dice:

«Yo no puedo dejar de lamentar esta desgracia; pero más lamento que la hermosa lira de don Ramón Roca, oficial (y confidente que fué después de Calleja) hubiese celebrado esta ruina con unas preciosísimas octavas que se leen en los diarios de México.»

Bustamante sufrió un error de detalle: no está escrita en octavas la composición de Roca: es una oda heroica, una silva de entonación marcadamente quintanesca, que tiene la particularidad de seguir al excelso poeta español en su manera de combinar las rimas dejando algunas *libres*, modo característico que distingue al autor del *Panteón del Escorial*, de los versificadores clásicos, para quienes la esclavitud de trabar todos los consonantes considerábase como imprescindible obligación métrica.

Poco conocida es esta pieza literaria de subido valor; y á la vez que, como documento poético, resulta interesante comprobación de las nuevas influencias españolas en México,

patentiza la innegable superioridad de este poeta sobre algunos de sus contemporáneos americanos. Hela aquí:

Al Señor General Don Félix María Calleja.

ODA.

Cocines majore poeta
plectro Caesarem.
Horat., lib. 4., od. I.

¿Adonde, oh Clío, mi encendida mente
con raudo vuelo arrastras? Ignorado
furor hinche mi pecho, y por la ardiente
trompa suspira que animó inflamado
el Lírico de César. Sacra diosa,
muéstrame tú desde la cumbre hermosa
del sagrado Helicón, el héroe fuerte
á quien el verso mío
fausto celebre con acento pío.

Del centro del Elíseo prestos vuelan
mil varones y mil ante mi vista,
hijos de la victoria, que ya anhelan
merecido loor. No más resista
mi enajenado espíritu tu fuego,
oh Delfico, y el labio rompa luego,
siguiendo osado, con afán glorioso,
del alto Venusino
el grave verso y el cantar divino.

¿Será que á tí del plectro numeroso
el suave són dirija, oh gran Pelayo?

Porque el torrente rápido y undoso
no fuerte fué cual tú, ni vivo el rayo,
cuando del godo la infeliz fortuna
vengando airado en la soberbia luna,
el trono que se hundiera en Guadalete
en Asueva elevaste,
y de triunfos y glorias lo cercaste.

¿O acaso á tí celebre, oh gran caudillo,
pasma y terror del edetano suelo,
bravo Ruy Díaz, perennal cuchillo
del bando alarbe, y de lealtad modelo:
ó más bien tu constancia generosa,
impávido Guzmán, en la rabiosa
venganza atroz del sitiador cobarde,
cuando la sangre clara
de tu inocente hechura derramara?

Ni tu grata memoria olvidaría,
Gonzalo impetuoso, á cuyo acero
dió el turbante postrer, que deslucía
allá en el Dauro el esplendor ibero:
ni la eminente gloria que en Lepanto,
oh hijo de Reyes, te cubriera, en tanto
que, anegado en el golfo turbulento
el turco poderío,
su osado arrojó lamentó tardío.

¿Y quién de tus proezas no cantara,
segundo Alcides, ínclito extremeño,
Paredes inmortal, el de la rara
pujanza fiera: ó del pasmoso empeño
con que brumando peregrinas mares,
oh gran Cortés, los españoles Lares

plantaste firme en las lejanas tierras
que en vértigo horroroso
desgajó hirviendo el golfo impetuoso?

Mas sobre el gran tumulto se levanta
gallarda frente de laurel ceñida,
de laurel inmortal, á gloria tanta
quedando toda gloria obscurecida.
¿Cuál dios es éste, oh musa? Arrebatado
mi numen á su vista, emprende osado
sólo su nombre alzar. Díctame, Clío,
díctame ya sonora,
y advierte al labio lo que el labio ignora.

Porque al garzón perínclito yo veo
resplandecer brillante, cual la estrella
que anuncia el polo, y su eternal trofeo
mostrarlo virgen celestial y bella.
Salve, oh tú, timbre del honor hispano,
Félix invicto, salve; pues tu mano
doquier triunfando, y á triunfar moviendo,
detuvo la impía saña
del monstruo asolador de Nueva España.

Aun resuena en mi oreja el alarido
con que insolente en su furor horrible
el rebelde atronara al afligido
suelo español de América apacible;
aun juzgo verlo en imperiosa ira
hollar un pueblo y otro, y cuanto mira
el áureo sol en el indiano espacio,
llevar en tala fiera
sembrando espanto y cuita lastimera.

¡Ay, cuál rompe la hueste destructora

por breñas y por montes! ¡Ay, cuál brilla
tras la bandera que el infiel desdora
en mano infame la fatal cuchilla!
¡Y cómo con nefando desenfreno,
rasgando ingratos de su hermano el seno,
los bárbaros enhiestos amenazan
pisar con fuero injusto
de la alta corte el valladar augusto!

Pero se viera la tajante espada
en tu robusto brazo y la trompeta
marcial suena en la esfera atribulada:
el fogoso alazán al són se inquieta,
y cubre el suelo el prevenido infante:
das la señal guerrera, y fulminante
amenazas el orbe. . . . ¿Y quién te osa?
¿Quién al golpe iracundo
plúgole ser escándalo del mundo?

Campos de Aculco y Calderón gloriosos,
hablad por mí esta vez. Vosotros vistes
bramar á los traidores orgullosos
y herir el aire con lamentos tristes.
Testigos sois del ímpetu potente
con que el caudillo á la maligna gente
pisó el erguido cuello, y quebrantando
su rabia y fiera muestra
dió nueva vida á la esperanza nuestra.

Mas no era sólo allí, que á la afligida
patria salvaras, y el feliz cimiento
de su alma libertad cuasi perdida
generosa afirmaras. ¡Oh momento!
¡Dulce momento aquel en que tornaste

á sostener nuestro esplendor, y alzaste
al través de peligros y de escollos
de nuevo el brazo fuerte,
nuncio al infame de terror y muerte!

¿Quién miró allá la multitud furiosa
de Zitácuaro infiel, cuando embriagada
con su crimen fatal quiso orgullosa
reina llamarse en voz desesperada,
temblar sólo á tu nombre, y oprimida
con tu invencible faz, la foragida
turba ceder, y el ímpetu violento
convertir en pavora,
viendo tornado el trono en sepultura?

No al inicuo sirvió que se elevara
sobre eminente cumbre, y, prevalido
del aspereza inútil, provocara
cobarde entonces tu valor sabido;
pues llegaste y venciste: los millares
cayeron á tus pies: en cien lugares
sintieron tu furor, y el más altivo
sólo en la fuga espera
salvar su cuello á tu segur severa.

Ni el tronante romper de sus cañones,
ni de la inmensa chusma el alarido,
ni el aspecto de mil y mil legiones,
ni el doble muro y foso prevenido,
nada es bastante á tí: todo parece
dó tú vas: como el humo desaparece
defensa y defensor, y el sitio huellas
dó el insano enemigo
halló, aunque estéril, pernicioso abrigo.

Mas ¡oh mansión del crimen! ¡Pueblo impío de eterna execración! ya tu locura pasó cual tempestad, y el poderío que frenético ansiaste en fe perjura, voló cual aire. De tu inicuo nombre vá á finar la existencia, y porque asombre en los remotos venideros siglos, ni de tu inculto asiento dejará el fuego rastro ni cimiento.

Porque no sólo al hombre, al sacro cielo en tu delirio heriste, y apurada fué su dulce piedad. De hoy más tu suelo sólo verá la fiera encarnizada, la silbadora sierpe ponzoñosa, la corneja agorera, la azufrosa nube, rayos y vientos; y la tierra ofrecerá á los ojos entre negro carbón crudos abrojos.

Y el huracán perpetuo, revolviendo tus pálidas cenizas, presuroso irá por donde quiera difundiendo tu castigo terrible y espantoso. De monte en monte sonará á su vuelo: *Zitácuaro cayó*; con desconsuelo, *Zitácuaro cayó*, tornará el llano; y cuando se revuelva, *Zitácuaro cayó*, dirá la selva.

En tanto tú, guerrero victorioso, brazo de Dios, azote del malvado, siempre cubierto de laurel frondoso irás de un triunfo y otro coronado; y diestra del que el orbe cual segundo

Atlante admira sosteniendo un mundo, huirá ante tí la hueste conjurada como la sombra fría huye ante el claro luminar del día.

¡Honor y lauro á tí! Mi mente abruma tanto inmortal blasón, y el grave peso al numen sobrecarga. Sabia pluma del latino ¿dó estás? que ya confieso mi poder vano á tanta pesadumbre. Vén, dios de Delo, vén: de la alta cumbre del sacro monte baja, y canta luego lo que puedes tú solo llevando al héroe desde polo á polo.

Que no el inmenso océano consiente sulcar su espalda extensa y caudalosa á barquichuelo débil, ni prudente fuera quien de la esfera prodigiosa el ancho espacio recorrer quisiera con flojas alas de mezquina cera. Vén pues, oh Dios, y al héroe venturoso celebra arrebatado, y yo tan sólo escucharé admirado.

Esta oda apareció en el *Diario de México* de 12 de Enero de 1812, diez días después de la famosa toma de Zitácuaro y á los siete de haber publicado la *Gazeta del Gobierno de México* el terrible y enfático parte de Calleja que anunciaba la fresca victoria y la futura destrucción de un pueblo de épica grandeza. Roca firmó esta poesía con su seudónimo mutilado: *Marón*.—Su nombre literario era un semi-anagrama: *Marón Dáurico*.

Este furibundo adulator del general Calleja y del Virrey Venegas da así mismo pruebas de su conocimiento, no escaso, de las letras españolas, cuando ofrece al segundo de los mencionados personajes, unas rimas escritas en castellano antiguo, á estilo de las del mistificador Pellicer, conocidas por las *Querellas del Rey Sabio*. Las de Roca comienzan así:

A vos, que acudido de heroica bravura
Muy más que de Esquadras asaz favorito
Las nobles fazannas de tal aguerrido
Cual Cid ó Bernardo vos facen mesura:
A vos renovando lejana escriptura
Cual vos el recuerdo de grandes Cabdillos
Mi pennola acata, y en metros sencillos
Se postra á la vuestra perínclita altura.

Don Ramón Roca colaboró tenazmente en el papel realista fundado, como he dicho, por Beristáin y Comoto, *El Amigo de la Patria*.

Pero no sólo los que podían publicar y publicaron alabanzas á la opresión conquistadora, sino los imposibilitados para dar rienda suelta á los arrebatos de su numen, los poetas insurgentes, se desbordaron, cuanto les fué concedido, en cantos á la libertad y á sus héroes, entonados con mayor vehemencia que arte; mas, por su propia sinceridad, conmovedores y grandiosos. *El Correo Americano del Sur* insertó varias composiciones de esta índole, no calzadas por firma alguna, porque semejante atrevimiento llevaba aparejado el peligro de ser

pagado con la muerte. Sin embargo, los autores eran conocidos de todo el mundo, y su nombre se repetía envuelto, para que no sonara mucho, en terciopelos y tafetanes de discreción.—Desde la *Hernandía* de Ruiz de León, poema hecho sobre el molde de la epopeya italiana, á mediados del siglo XVIII, no se habían oído en Nueva España los acentos heroicos hasta el año de 1808, en que el sentimiento de la raza se unimismó, aquí y allá, en un grito de victoria, cuando se supo el triunfo de Trafalgar.

El poeta de la revolución que podía ponerse frente al poeta de la opresión, el que estaba en condiciones de contestar los bélicos arrestos de Roca, era uno de esos hombres de extraordinario prestigio moral é intelectual en México, y que figuraba desde diez años antes como uno de los más inspirados rimadores.

Cuando, al comenzar el presente estudio, aludí al certámen, abierto por Beristáin, para celebrar la inauguración del monumento á Carlos IV, omití, adrede, la noticia de que uno de los premiados en ese concurso fué un joven, que se había distinguido mucho en el Colegio de San Juan de Letrán, donde acababa de cursar filosofía, teología y jurisprudencia, y donde también había dado raras muestras de afición decidida por los estudios literarios.

Esto sucedía en 1803. Seis años más tarde, el mismo joven, admirado, celebrado y respe-